

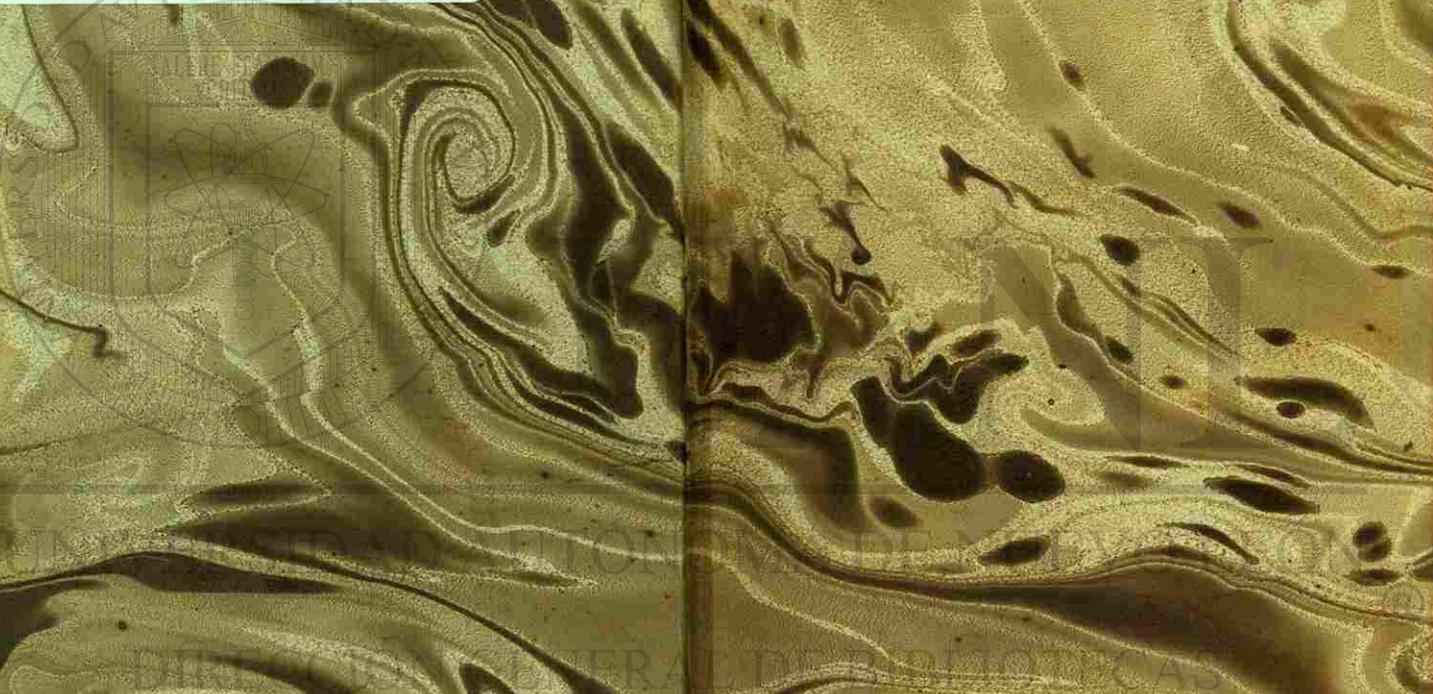
MEMORIO  
DE  
MURULLO

AMADO  
NERVO

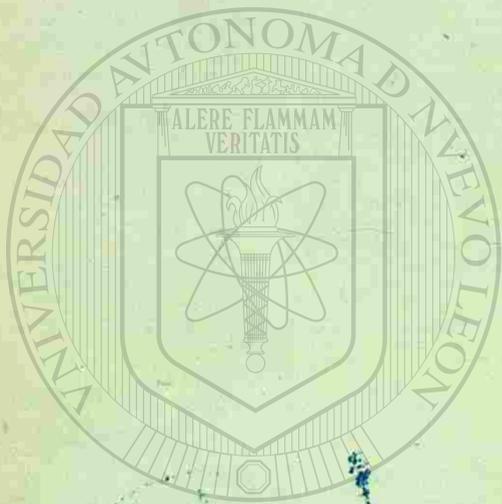
PQ7296  
.x9  
M4



1020006059



150



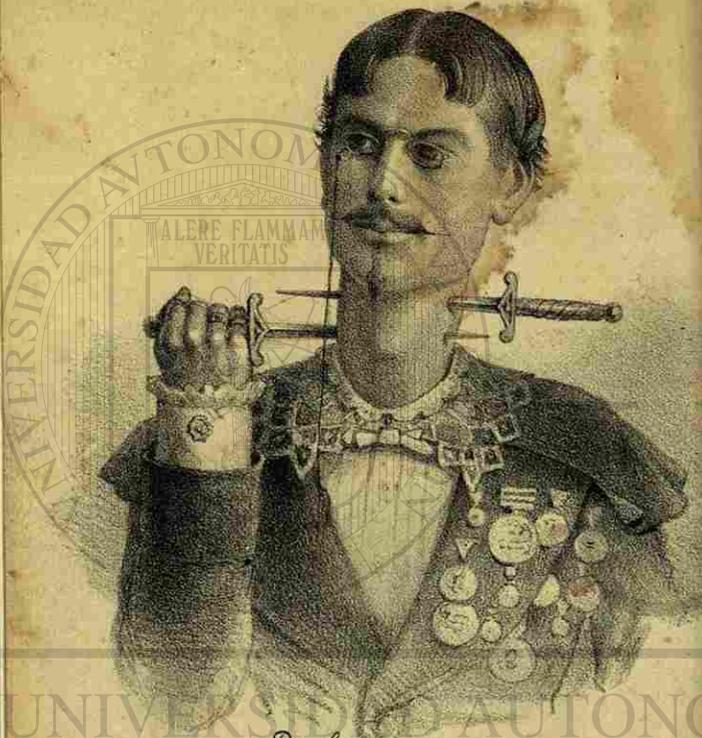
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

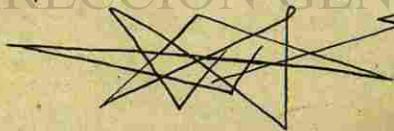
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



108678



Profesor  
D. Rafael J. de Mercurio

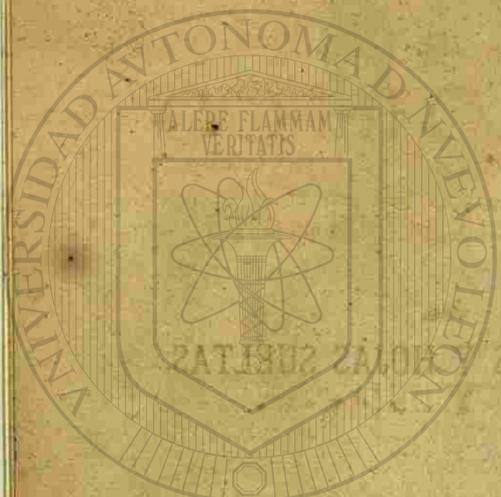


FRAGMENTOS Y HOJAS SUELTAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





**MEMORIAS**

DE

**MEROLICO**

PAGINAS ARRANCADAS A LA HISTORIA DE SU VIDA

POR

**X : Y : Z :**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**MEXICO**

TIP. LITERARIA DE F. MATA, CALLE DE LA CANOA NUM 5.

1980.

PA 7296



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## EL SECRETO DEL ALQUIMISTA.

I  
**P**OR mas que me cause vergüenza confesarlo, en honra de la verdad debo decirlo: cuando nací—*horresco referens!*—no acació en el universo nada extraordinario; el sol siguió descaradamente su camino, la mar no detuvo su flujo y su reflujo, y en la tierra, ni se agostaron las flores de improviso, ni dieron al mendras los albaricoques. Ni ántes del parto, ni en el parto, ni despues del parto, sucedió siquiera un triste milagro. No grité tres

veces en el vientre de mi madre, como D. Pedro Calderon de la Barca, ni vieron los aldeanos sobre el techo de mi casa otra cosa que el penacho de humo que despedia la ardiente chimenea. Nací buena y sencillamente, ni más ni menos que vd., lector, ó vd., lectora; de manera que por este primer paso mio en la vida, puedo ser comparado á todo el mundo, excepcion hecha, por supuesto, de San Ramon Nonnato.

Ver aún me parece la casa en que nací. Para aquellos que no conocen la pintoresca Suiza mas que por las decoraciones de *Landa de Chamounix*, será difícil formarse una siquiera aproximada idea de la belleza incomparable de sus paisajes. Como no soy pintor y como creo que la pluma es un pincel bastante incómodo, renunció desde luego á hacer una detallada descripcion de aquellos sitios. Queden en el fondo negro del tintero, los Alpes, el Monte Blanco, las pacientes vacas, los ventisqueros, todo ese gran cliché de palabras huecas, para uso de los que escriben memorias de viaje ó idilios campesinos. Para conocer esos lugares hay

un medio mas sencillo que leer estas páginas: liar las maletas y marchar á Suiza.

Haré gracia tambien á mis lectores—¡plural ambicioso!—de la narracion de mis primeros años. Supongo yo que á nadie le interesa saber cuántas veces mordí el pecho robusto de mi nodriza, ni cuantos chichones me hice, ni cuantos zapatos rompí, *et sic cæteris!* La inocencia es una cosa esencialmente monótona. Si Dios hubiera querido la reeleccion de la inocencia, el mundo no valdria la pena de nacer. Con razon Adan salió del Paraíso.

Mis memorias comienzan desde que compré para mi uso particular doce docenas de hojas de parra. Tenia diez y siete años, estudiaba medicina, moral y, sobre todo, física. Mis padres habian querido consagrarme á las faenas del campo; pero yo que no sentia tentaciones de imitar á Horacio, me escapé el mejor dia, con un baston en la mano, una alforja á la espalda, y en la alforja un gran queso, de los que vdes. no han visto, ni verán nunca, una lonja de jamon y un libro de Juan Jacobo Rousseau. ¿A dónde iba? A

Paris! ¿Sin un céntimo? A los diez y siete años se opina por la abolición del dinero, como una cosa inútil. Mis bolsillos estaban escuetos, pero en cambio llevaba en el cerebro toda una caverna de Ali Babá, empedrada de diamantes. La juventud es el supremo millonario.

Emprendí el camino, alegre, cantando, viendo todavía las torres de mi pueblo, el apiñado caserío, los nogales, el castaño..... ¡Ayl volví la cara, como la mujer de Loth, y sin volverme estatua de sal, pensé con delicia en el primer beso que dí á los quince mayos, bajo aquel frondosísimo castaño. ¡Pobre Martha! si en aquella época hubiera yo conocido los lienzos del pintor flamenco, la habria comparado, por lo fresca, rosada y rozagante, con las mujeres que pintaba Rubens. Pero el amor á los quince años camina en ferrocarril, á los treinta en diligencia y á los cuarenta con muletas. Dos horas despues de haber perdido de vista el campanario de mi aldea, no me acordaba ya del castaño, ni de Martha, ni del beso. ¡Así es la vida! El alma es una casa demasiado pe-

queña y en la que solo cabe un inquilino; este inquilino se llama en la juventud el porvenir, y en la vejez, el pasado.

Caminando, caminando, llegué por fin á Paris. ¿Qué iba á hacer? Mi madre tenia en la gran Babilonia un hermano de padre, hombre no rico, pero sí suficientemente adinerado para vivir con libertad y con holgura, burgués *pur sang*, incapaz de comprender la fuerza poderosa que me impelia á Paris en busca de aventuras, pero incapaz al propio tiempo de ponerme en la mitad del arroyo como á un mendigo. Cuando mi madre los domingos, despues de la comida, deseaba escribir á su hermano, me ponía con un pliego de papel blanco enfrente, la pluma en la mano, el tintero preparado, y sin detenerse, haciendo solo algunas pausas para ir á la cocina ó contestar á la pregunta de algun mozo, me dictaba una larga carta, durante cuya monótona escritura, sufría yo todos los suplicios del averno. Sin embargo, ¡todo es providencial en esta tierra! si no hubiera yo escrito tantas veces estas cartas, no habrian quedado impresos en mi memoria este nom-

bre y esta direccion: *M. M. Charles Sylvers, rue de Provence, 7 bis, á Paris.* Recordé, pues, el nombre y la morada de mi tio, tomé una resolucion verdaderamente heróica, y sin otra demora me encaminé desde luego al 7 bis de la famosa calle de Provence.

Mi tio vivia solo, perfectamente solo. Fuera de la servidumbre, que tampoco era muy numerosa, no habia en la casa más alma viviente que la de mi tio. Recuerdo que subí cincuenta y ocho escalones, que toqué la puerta una, dos, tres veces, que salió una vieja de aspecto avinagrado, que preguntó mi nombre, y que al decirlo yo, sonó adentro una voz—la de mi tio—repicando esta frase:

—¡Mi Sobrino!

Se abrió la mampara, entré por ella, y de improviso, me ví apretado estrechamente entre los brazos de un Milon de Crotona en *terra Cota*, gordo, mofletudo, con un cuerno de caza decorado pomposamente con el nombre de nariz, una boca semejante á la del Etna, y una bata, de anchos pliegues, propia para estudiar en ella las infinitas diversidades de la flora. Aunque la risa me

cosquilleaba horriblemente, hice algunos esfuerzos, me pellizqué las pantorrillas varias veces, y por último, tras de algunos pucheros infantiles, rompí á llorar como una Magdalena. Mi copioso llanto, regó como lluvia de mayo las mil y una flores que mi tio llevaba en la bata. ¡Qué momento aquel! Después de algunas explicaciones en las que yo dejé entrever mi vocacion decidida por la medicina, las pretensiones de mis padres y otras cosas por el estilo, el tic, hombre al fin de excelente corazon y generoso, me ofreció reconciliarme con mi familia, protegerme en cuanto pudiera, y para principio de cuentas me hizo saber, con gran alborozo mio, su firme decision de no permitir que yo buscara abrigo en otra casa.

Llamó á la señora Parca-Euménide que me habia abierto la puerta, y la encargó que me condujera al cuarto destinado para huéspedes, con el objeto de que me aseara y me vistiera, para salir en seguida al comedor en donde me esperaba una abundante cena. Hízolo así, tomó un velon cuya luz roja daba á su fisonomía raros reflejos, y sin hablar

me una palabra, me fué guiando hasta la puerta misma de mi nueva alcoba. ¡Eureka! ¡Eureka! Mi primer paso en París, no había sido un paso en falso! ¡Oh, vosotros todos, que no teneis un tío, doblad la hoja, porque no podreis comprender lo que sentí entonces.

## II

De esta manera, al lado de mi tío, comiendo, bebiendo, durmiendo y haciendo otras cosas más á sus costillas, pasé felizmente dos años, empleados en seguir mis estudios para médico.

Mi carácter levantisco y mi extremada afición á correr aventuras, me hacian, sin embargo, odiar la calma virgiliana de esa casa, en la que todo caminaba como un reloj, esto es, como un cronómetro.

Mi protector, que era hombre entendido en el asunto á juzgar por su nariz-cuerno de caza, debió de sospechar mis vehementes inclinaciones hácia las hijas de Eva, porque á

poco tiempo de tenerme en su compañía disminuyó considerablemente las cantidades que me solia entregar para el bolsillo. Quitar el dinero á un enamorado, es lo mismo que cortarle á un pájaro las alas. Privado, pues, de pelar la pava, y de dedicarme á la piratería de calles, no tuve más remedio que hacer, temporalmente por supuesto, un voto de abstinencia. No sé como en las órdenes monásticas se imponen tantos votos á los frailes: hecho el primero, el de pobreza, ya se han hecho tácitamente los demas.

¡Si al ménos hubiera podido dedicarme al contrabando por las costas, ó renunciando á la guerra internacional, dedicarme á la guerra doméstica! Pero ¡quia! Mi tío, no sé si por costumbre ó precaucion, se había rodeado de verdaderas mómias. Aquel era el *harem* de la muerte.

Agregad á todos estos tropiezos y embrazos el peor de todos: un amor desgraciado. Yo amaba á una princesa soberana, á quien ví una noche en la ópera. ¡Cómo lo recuerdo! Comparada con mi tristeza la tragedia ó el cementerio de *Hamlet*, parecerian el col-

mo de lo cómico y de lo risible. ¡Gracias á la serenidad de mi familia, esta lúgubre situación se ennegrecia más y más constantemente. Durante todo un mes olvidé por completo la forma de las monedas modernas, y no volví á escuchar la palabra *oro*, sino rimando con *adoro* ó con *tesoro* en las zarzuelas españolas.

Todo valor metálico era para mí igual á los astros, monedas de á ocho duros que Dios cuenta para entretenerse por las noches, sobre un mostrador de azul y de ébano; cosas que se ven, pero que no se tocan, cuerpos imponderables, como rezan los vocabularios científicos.

Todo pasa sin embargo, ménos un cable por el ojo de una aguja. Mi pobreza—¡quien lo creyerá!—pasó también. ¿Y cómo? Aquí empieza la parte milagrosa de mi vida.

Tan habituado estoy á vivir en medio de sucesos extraordinarios y maravillosos, que no repugno de manera alguna las fantasías y caprichos mas exagerados de los novelistas, los cuentos de Hoffmann y los capítulos de las Mil y una Noches, esas prodigiosas

fantasmagorías que son acaso mas verdaderas que la historia. Yo puedo escribir una geografía moral para uso de los extranjeros —y tengo por extranjeros á las nueve décimas partes de la humanidad—que se aventuran en las regiones de lo sobrehumano, tan distintas y diversas de las conocidas, y tan poco frecuentadas como las montañas de Yucaca ó el cráter del Vesubio. Yo soy natural de ese país maravilloso. Todo aquello que universalmente preocupa los ánimos y las inteligencias, los terremotos, las revoluciones, los cambios de gabinete y los gatos de tres cabezas, son para mí nimiedades, niñerías, indignas de fijar la atención de un hombre honrado. ¡Lo maravilloso, eso es lo verdadero!

Pero vamos por partes, sin pasar por alto ninguno de los acontecimientos graves de mi vida. Conocía yo á una Luisa.—¡Dios mío, qué Luisa!—Bailarina inédita y doncella de honor sin colocacion, dueña de un par de ojos que, como el champagne, se me subían á la cabeza, de una nariz remangada y provocadora, de una boca hecha para besar

el terciopelo, y de un seno blanco, terso, palpitante, que estaba diciendo: ¡comedme!.... Luisa y yo habíamos conjugado juntos el verbo amar; merced á unos cuantos escudos que me cayeron, como quien dice, por el tubo de la chimenea, y á un poco de amor que como caliente rescoldo cobijaba nuestros corazones. La tarde en que la conocí, llovía á cántaros. Calado hasta los huesos, aguardaba el paso de algun ómnibus, cuando héte aquí que tuerce la esquina y pasa por delante de mis ojos nada ménos que un *fiacre* al parecer vacío..... ¡Un *fiacre*! ¿lo comprenden ustedes? ¡Un *fiacre*! ¡el nuevo mundo! Llamé al cochero dando tres palmadas, detúvose al oirlas, salí del escondrijo en que me hallaba acurrucado, y abriendo violentamente la portezuela del coche para no empaparme, entré..... pero.... ¡zás! ¿quién está ahí? la otra portezuela estaba abierta, y al entrar al coche habia tropezado con un bulto, que al chocar conmigo profirió un grito agudo..... ¡Era mujer!

—Señorita, mil perdones.

—¡Caballero....!

—Creí que estaba el *fiacre* vacío....

—Lo mismo yo.

—Ah! ¿usted entraba.....?

—Al mismo tiempo que vd., segun parece.

—En ese caso, dejo á vd. el coche. Usted perdone.

—Pero la lluvia arrecia.

—Nada importa.

—Oh! no, de ningun modo! Sentiria ser culpable de que vd. se enfermara.

—Pero....

—Podemos ir los dos.

—En ese caso y ya que tengo la fortuna de servir de caballero á tan amable dama, diga vd. á donde quiere que detenga el coche.

—Calle del Bac, núm. 27.

Azotó el auriga los caballos, partimos á escape, yo me senté al lado de la desconocida, y..... ¡ay! como la noche estaba oscura y los reverberos del carruaje no alumbraban bastante el interior, al sentarme rocé con esta mano torpe y gruesa, el seno más lindo, blando y amoroso que haya habido nunca.

Levanté los ojos para mirar á mi compañera y—¡cosa rara!—lo primero que hallé fueron los ojos de ella clavados en los míos. ¡Del choque de dos electricidades opuestas brota el rayo!

Por desgracia, la calle del Bac estaba demasiado cerca. Al primer tiroteo de palabras llegamos á la puerta de la casa, y ella sin darme tiempo para bajar primero, apretó cariñosamente mi mano, me dijo su nombre, Luisa, me ofreció su casa, y saltando violentamente del carruaje, desapareció como un sueño de mis ojos. Yo despedí el coche; llovía apenas; fui á pararme como humana estatua frente por frente de la casa; encendí un cigarro y esperé. A poco tiempo se abrió la ventana de una bohardilla, asomó una cabeza juvenil, cubierta por un sombrerito de flores azules..... No pude resistir, subí á saltos la escalera, toqué la primera puerta....

—¡La Señorita Luisa?

Un viejo, tuerto y color de avellana, se asomó, y al oír mi pregunta dióme con la puerta en las narices. No era allí, seguro! Toqué otra puerta, una voz semejante á una

delgada campanilla de oro preguntó mi nombre....

—Luisa, Luisa, ábrame usted.

Sonó adentro una coqueta carcajada.

—Soy yo..... el del fiacre.

—Estoy sola.

—Por lo mismo.....

—¿Ha despedido vd. el coche?

—Sí!

—Pero sigue lloviendo.....

—¿Qué me importa?

—¡Nécio! Va usted á ponerse hecho una sopa!

—Deje vd. que me caliente.....

—Abajo hay fuego.

—¡Inhumana!

La puerta se abrió recatadamente, pasé á la alcoba, y como la lluvia continuó toda la noche, no pude salir de aquella casa hasta el amanecer del otro día.

Contra las ideas aceptadas por la mayor parte de los hombres, pienso que hay un

diablillo destinado especialmente á hostigar desapiadadamente á los enamorados. La prueba es que al dia siguiente de mi calaverada, el tio estaba impuesto sin exceptuar un ápice de cuanto pasaba. Dejó correr los dias, creyendo que aquello no pasaba de un fuego de paja, y solo cuando despues de un mes se convenció de que la enmienda no entraba en mis proyectos, se decidió á reprenderme seriamente. Mi tio, sin embargo, quiso ver por sus propios ojos á la culpa de mis extravíos juveniles, y tomando informes, logró descubrir el nido de nuestros ardientísimos amores. Esto no lo averigüé hasta algun tiempo despues, y voy á decir cómo.

Yo habia prometido á mi protector no volver á la casa de mi Luisa. Por supuesto, desde el primer momento estuve decidido á no cumplir la promesa. Corrí á la calle del Bac, ví á Luisa, la impuse de todo, y mutuamente convenimos en vernos únicamente á ciertas horas, en que yo podía burlar la estricta vigilancia de mi ogro. ¡Dejar á Luisa! ¡Disparate! ¡Una mujer honrada que habia consentido por amor y

nada mas por amor en ser mi querida! Esto es, una jóven, á quien yo habia abierto las puertas del mal, á quien lanzaba en el torbellino de la vida parisiense, y esto, sin haber comprado con montones de oro su virtud, simplemente por la irresistible y tenaz simpatía de nuestros corazones! Cierto que yo gastaba algun dinero en ella; pero . . . . ¡tenia tan poco! No, no era el sórdido interés lo que conmigo la ligaba, era el lazo de flores de un amor vehemente. Sí, Luisa me quería, Luisa me amaba, Luisa era incapaz de engañarme . . . .

Una noche—habian pasado ya algunas semanas despues de estos sucesos—mi ogro por una extraña casualidad habia salido de la casa. Estaba yo libre, perfectamente libre. El tio, que segun supe comia en la casa de un amigo, no volveria hasta muy entrada la noche. Di un salto de contento, y partí veloz como una flecha á la casa de Luisa. Toqué, nadie respondió. Sin embargo, la luz brillaba adentro. No estará, pensé, y por casualidad dejó encendida la luz. Acaso crea que algun libertino es el que to-

ca, y como no puede saber que soy yo, porque no me espera, se obstinará en no abrir. La llamaré en voz baja:

—¡Luisa!

Me agazapé para espiar por el ojo de la llave, y.....

En ese mismo instante apagaban la luz, pero no tan pronto que yo no distinguiese unos pantalones colgados del respaldo de una silla. Esos pantalones no eran los míos, porque yo los tenía puestos. Una espesa nube me cubrió la vista. No pude contenerme; de un tremendo golpe abrí la puerta, que crujió desquebrajada y entré á la alcoba. Estaba á oscuras. No se oyó ninguna voz, pero creí distinguir algo como los pasos de un perro, que se arrastraba por el suelo en busca de la puerta. ¡Si hubiera tenido un fósforo en aquel instante! Una grotesca forma blanca se veía en el suelo. Me lancé sobre ella. Algo como una cabeza poblada de cabello hisurto tropezó con mis dedos. Quise atraparla y aquella cabeza, desprendiéndose del cuerpo, quedó pendiente de mi mano. Tuve un momento de terrible pánico.

¡De un solo golpe habia yo decapitado á mi rival! Mi corazón latía con fuerza, no pude soltar aquella cabeza horrible, peor mil veces para mí que la misma cabeza de Medusa..... y..... *fiat lux!* una vela traída por Luisa disipó la oscuridad.... ¡horror! mi tío, puesto en cuatro piés y con la cabeza tersa como una rodilla, se arrastraba en el suelo, mientras su peluca, su clásica peluca azafranada, se columpiaba armoniosamente entre mis manos.

Allí hubo una escena de Echegaray. El buen Sylvers se levantó del suelo y encarándose conmigo, dijo:

—Miserable! Se atreve vd. á presentarse en mi presencia y en este mismo sitio! ¡Libertino!

—Poco á poco, tío; ¿se atreve vd. á robarme mi querida?

—¡Infame.....!

—Aquí hay uno que ultraja: usted; y un ultrajado: yo.

—Mientes! te arrojé de mi casa; te prohibo volver á mi presencia; te retiro mi protección; te declaro la guerra; vé, anda, corre,

busca en este París tumultuoso, un protector que te ayude, una mano que te levante; de hoy mas no cuentes ya conmigo..... ¡sobrino ingrato.....! ¡ya no tienes tío!

El buen hombre tomó su sombrero y salió de la alcoba lanzándome una mirada furibunda. ¿Qué iba yo á hacer? ¿A quedarme en aquel cuarto? No, Luisa no me amaba, Luisa me habia engañado. Volví la cara y la encontré á mi lado mirándome con ojos suplicantes:

—¡Y me vendias!

Luisa rodeó mi cuello con su brazo blanco y nervioso y besándome dijo:

—¿No comprendes que yo tambien necesitaba vivir.....?

—Pero.....

—La mujer tiene dos amos: el que la da amor, y el que la da dinero. Tú llamaste con la campana del corazon; pero el otro llamó con la campana del bolsillo.

Logré desasirme de sus brazos y me lancé á la calle. ¡Ay! ¡qué triste desengaño! Habia creido poseer á una Virginia, y me encontré con una profesora de libre cambio!

## IV

Estos amores, y sobre todo, el desenlace de estos amores, perturbaron grandemente la quietud de mi vida. Eva fué la primera que obligó al hombre á pagar el alquiler de una casa. ¡Ay! por una sola cosa lamento la pérdida del Paraíso, porque en el Paraíso no se pagaba renta.

¿Qué iba á hacer en París, sin un céntimo, solo y abandonado por mi tío? Si San Vicente de Paúl hubiera sido casado y por ende hubiera dejado hijos, me habria tendido sin escrúpulos en la primera esquina, esperando que la caridad me recogiera. En el primer momento de abandono llegué á desconfiar de la misma Providencia. La esperaba con ansia y no venia: acaso estaba preocupada en buscar alimento á las buenas ave illas.

Anduve durante largo rato, y pasé una,

busca en este París tumultuoso, un protector que te ayude, una mano que te levante; de hoy mas no cuentes ya conmigo..... ¡sobrino ingrato.....! ¡ya no tienes tío!

El buen hombre tomó su sombrero y salió de la alcoba lanzándome una mirada furibunda. ¿Qué iba yo á hacer? ¿A quedarme en aquel cuarto? No, Luisa no me amaba, Luisa me habia engañado. Volví la cara y la encontré á mi lado mirándome con ojos suplicantes:

—¡Y me vendias!

Luisa rodeó mi cuello con su brazo blanco y nervioso y besándome dijo:

—¿No comprendes que yo tambien necesitaba vivir.....?

—Pero.....

—La mujer tiene dos amos: el que la da amor, y el que la da dinero. Tú llamaste con la campana del corazon; pero el otro llamó con la campana del bolsillo.

Logré desasirme de sus brazos y me lancé á la calle. ¡Ay! ¡qué triste desengaño! Habia creido poseer á una Virginia, y me encontré con una profesora de libre cambio!

## IV

Estos amores, y sobre todo, el desenlace de estos amores, perturbaron grandemente la quietud de mi vida. Eva fué la primera que obligó al hombre á pagar el alquiler de una casa. ¡Ay! por una sola cosa lamento la pérdida del Paraíso, porque en el Paraíso no se pagaba renta.

¿Qué iba á hacer en París, sin un céntimo, solo y abandonado por mi tío? Si San Vicente de Paúl hubiera sido casado y por ende hubiera dejado hijos, me habria tendido sin escrúpulos en la primera esquina, esperando que la caridad me recogiera. En el primer momento de abandono llegué á desconfiar de la misma Providencia. La esperaba con ansia y no venia: acaso estaba preocupada en buscar alimento á las buenas ave illas.

Anduve durante largo rato, y pasé una,

dos, tres..... ¡no recuerdo cuantas calles! Mi posicion era insostenible como la de un danzarin de cuerda floja. Felizmente—aquí entra lo maravilloso—hube de tropezar con una especie de hombre que corria á todo correr por en medio del arroyo. El primer choque fué espantoso. Estuve á punto de caer cuan largo era sobre el asfalto de la calle.

—¡Bruto!

—Mil perdones.

—No, no se escapará usted de mis manos, sin recibir el castigo merecido.

—Señor mio, suplico á vd. suelte mi brazo. No tengo tiempo de levantarle á vd. la tapa de los sesos. El tiempo urge, mi amo se muere, y voy en busca de un médico.

—¡De un médico! Pues en ese caso, la Providencia misma ha puesto á vd. en contacto, algo brusco ciertamente, con mi epidermis.

—¿Cómo?

—*Anch' io sono pittore!* Tambien yo soy médico.

—No hay tiempo que perder. Si quiere

vd. servirme, tendrá que sujetarse á ciertas condiciones.

—A todas.

—Primero, á permitir que pase por sus ojos esta venda, y luego á dejarse conducir por mí sin proferir una palabra.

Rostchild hubiera dicho: no: Yo dije: sí, ¡convenientes de no llevar una sola moneda en el bolsillo!

Me vendaron los ojos, subimos luego á un coche, y despues de una media hora, en la que solo oí el monótono ruido del carruaje, la misma mano que me habia vendado me ayudó á descender del misterioso coche, guióme luego por un laberinto de escaleras y caracoles, peor mil veces que el de Creta, y por último, despues de un breve rato, arrancó la venda espesa que habia servido de mordaza á mis miradas, permitiéndome contemplar maravillado, el mas raro espectáculo que puede imaginarse.

La pieza en que me hallaba, amueblada con magnificencia extrema, trajo á mi memoria los esplendores fabulosos de los cuartos orientales. Ningun palacio de Haidera-

bad ó Benarés, contuvo nunca cosas mas esplendidas y ricas. Ligeras columnas de mármol blanco, rodeadas por cepas de viña, cuyas hojas eran de esmeralda y cuyos racimos estaban figurados con granates, sostenian una techumbre cincelada, dividida en mil porciones, y llena de flores, de estrellas, y de adornos fantásticos tan espesos como la bóveda de un bosque. Corria por la pared un ancho friso en el que estaban bosquejados los principales misterios de la theogonía India. Tallada en el friso, se veia una muchedumbre de divinidades, con trompas de elefante, brazos de pólipo, y apretando en sus manos flores de loto, cetros, rayos; monstruos mitad hombres, mitad animales, de cuerpos en figura de arabescos, símbolos misteriosos de profundos pensamientos cosmogónicos. A pesar de su simplicidad hierática y de la infantil torpeza de su ejecucion, esas esculturas participaban de una vida extraña y las complicaciones de su trazaron fantástica, haciéndolas hormiguar ante los ojos, les comunicaban como una especie de movimiento inmóvil. Largos cortinajes

de damasco con franjas de oro caian en opulentos pliegues, cubriendo los intersticios entre columna y columna. Un tapiz, cuyos dibujos complicados y cuyos arabescos de mil colores lo hacian semejante á un schal de Cachemira tejido para las espaldas de una gigante, cubria el pavimento con su espesor mórbido. En torno de la sala se veia un diván bastante bajo, cubierto por una de esas telas en las que la India parece haber atado con hebras de seda, los colores brillantes de su cielo y de sus flores. Una luz láctea y apacible, tamizada por vidrios opacos, vertia sobre estas asiáticas magnificencias resplandores vagos, como empastelados en una apenas perceptible nube de humo azuloso, cuya espiral se alzaba de las cazoletas colocadas en los cuatro ángulos de la sala para quemar perfumes, dando á aquel recinto, por todo sorprendente, todavía otro aspecto férico. A través de esta gasa vaporosa, los dorados, los granates, los cristales, los relieves, tenian fosforecencias é iluminaciones súbitas del mas extraño efecto. Un fragmento de un bajo relieve, herido por la

luz, parecía como que andaba esperezándose; una columna giraba sobre sí misma torciéndose en espiral, y ya fuese que los aromas de las flores, puestas en grandes vasos, produjeran vértigo, ya que los perfumes contenidos en las cazoletas, encerrasen algunas de esas preparaciones asiáticas que producen la embriaguez, acaeció que al cabo de algunos momentos todo tomó á mis ojos, en aquella sala, construida como págoda, la fisonomía cambiante y tornadiza de los objetos entrevistos en el sueño.

Pronto ví levantarse por oculta mano una cortina de brocado para dar paso á una figura extraña: era un viejo de estatura corpulenta, jorobado, y que apoyándose en un báculo de blanquísimo marfil, salía á mi encuentro. Su rostro flaco y descarnado como el de una mómia, tenía el color del cuero de Córdoba ó del tabaco de la Habana; anchas órbitas de tinta de China surcaban sus ojos, huecos y brillantes como de animal, y en los que los años habían sido impotentes para apagar solo una chispa; su nariz, torcida como el pico de una águila, estaba casi osifica-

da, y sus cartílagos endurecidos brillaban como un hueso; enjutas las mejillas se pegaban á las quijadas, y los labios servían de cárcel á unos dientes que el uso del betil habían puesto amarillos como el oro. Las junturas de las manos, idénticas casi á las de los orangutanes, plegábanse transversalmente como la garganta de una bota de húsar.

Una peluquilla azafranada cubria aquel cráneo tostado y como calcinado por el sol, bajo el que tantas pasiones incubaban al calor devorante de una idea fija. A los lados de la peluca cintilaban dos anillos de oro, que mordían los lóbulos de unas orejas semejantes á dos trozos cortados de cuero viejo.

Al mirar ese amarillo espectro, jorobado, desencuadrado, seco, cuyas coyunturas sonaban al andar, como las choquezuelas de D. Pedro, hubiérasele creído, no hombre de un siglo, sino hombre de mil años. Fabuloso era el número de lustros que se adivinaban en aquella figura, y sin embargo sus pupilas, únicos puntos vivos de aquel rostro, chispeaban con el fuego de la juventud. Todo el vigor de aquel cuerpo aniquilado y á quien debía con-

servar en la tierra alguna voluntad omnipotente, se habia como refugiado dentro de sus ojos.

Ningun sentimiento de rencor ó de malevolencia parecia animarle, y paso á paso dirigiase á uno de los lados del diván, con el aspecto mas visiblemente satisfecho que le permitia su figura de Faraon embalsamado, y los millones de arrugas que dibujaba la sonrisa en aquella cara antidiluviana.

Hízome una señal con la huesosa mano, y yo, temblando como una doncellita, me aproximé al divan.

—¿Sois Doctor?

Hice un signo de cabeza afirmativo.

—Pocos años son los tuyos para conocer la ciencia.

El acento imperativo en que me habalba sobrecogiéndome de espanto, me hizo no reparar en aquel *tú* despreciativo que salió de sus labios.

—Ya verás, continuó el viejo, que si te he llamado, no es para que me proporciones los auxilios de la ciencia: entre mi saber y el tuyo hay la misma diferencia que separa

á una pagoda de la India, de una humilde capilla cristiana. Cuando yo comprendo que voy á morir, cuando siento que la vida se escapa de mis brazos, es porque he agotado todos los medios de salvacion que habia, porque ni la alquimia, ni la medicina, ni las ciencias ocultas, tienen ya cosa alguna con que poder salvarme. He vivido muchos años, cientos, acaso miles; el tiempo, como una ola débil, ha venido á estrellarse á mis piés. Estoy vencido por la muerte.

Yo, asombrado, no me atrevia á replicar ni á proferir una palabra. Despues de una larga pausa producida por un acceso de tos, continuó el viejo hablando:

—Pero mira, yo he hecho un juramento y no quiero morir sin cumplirlo. Bajo esta piel desecada de mi cuerpo, ha habitado, y habita aún en este último dia, un noble espíritu. La juventud alguna vez hizo correr su hirviente sangre por mis venas. ¡Juventud larga, juventud hermosa, juventud soberbia, pero que al fin concluyó como ahora termina mi existencia! Por más que descubrí todos los secretos y todos los misterios

de la ciencia, mi cuerpo no pudo ser eternamente jóven. Solo el alma, como las vestales de los griegos, conservó el fuego sacro.

Otro acceso de tos interrumpió al viejo hechicero. A medida que hablaba, sus pupilas dilatábanse y toda su figura revestíase de una luz sobrenatural y prodigiosa.

—Hace quince años, todavía me parece estarlo viendo, fué en Venecia, atravesaba solo y absorto el puente funeral de los suspiros. Una mujer de resplandeciente hermosura tropezó conmigo, y al sentir el roce de aquel seno voluptuoso en mi epidermis fria, la sangre oriental volvió de nuevo á mis hinchadas venas. La conseguí..... ¿puede haber algo imposible para mí? Partimos para la India, la hice conocer las magnificencias de mis palacios, viví con ella una vida feliz durante un año, á cuyo término murió dejándome en los brazos una niña..... Fué imposible salvarla. Su naturaleza europea, era refractaria á los grandes recursos de mi ciencia. Era aquella la primera vez que la muerte, esa infame, me vencía.

«Pasaron siete años y mi Heva crecía, ro-

deada de esplendores. Pero una tarde, ¡horrible tarde! en medio de una fiesta espléndida en honor de Vishnú, las llamas se adueñaron de mi Palacio. Entre el tumulto de aquella muchedumbre, un esclavo, apoderándose de mi hija, se alejó con ella, los gritos eran sofocados por el estrépito horrible del incendio. ¡El infame la robaba!

«No pude evitarlo. Cuando conocí mi desgracia, intenté remediarla pero ya era tarde. Todas mis riquezas, todo mi poder, toda mi ciencia, hubiera dado por recobrar á mi hija, mas no lo quiso Brahma. ¡Partieron emisarios míos por todas partes, yo mismo recorrí caminos, poblaciones y ciudades! ¡Todo inútil! Lo único que logré saber, fué que mi pobre Heva habia sido vendida á unos mercaderes ingleses que salieron para la Europa.»

«Yo, nuevo judío errante, me dí á recorrer sin descanso toda, toda la tierra. Vine á Europa de nuevo. Mis fabulosas riquezas debian servirme de poderosa ayuda, para encontrar á mi hija. Pero el gran Dios me ha hecho objeto de su ira, y en balde fueron to-

das mis pesquisas. Hoy, que me encuentro ya sobre la pista del crimen, viene la muerte y me arrebató la victoria. Hay en Londres un viejo Lord, que venido hace dos días de un largo viage por el Asia, trae consigo á mi Heva. Lo sé, anoche mismo, en el momento de saberlo, quise partir para Inglaterra. El comprador de mi hija, se disponia á partir para la América. Precisaba salirle al paso, apresurarse,.....pero la muerte tocó ayer á mi puerta. ¿Ves aquella ampolleta? Pues nada más quince minutos tardará en vaciarse, como nada más quince minutos tardaré en morir. Dejo mi venganza al destino, á ese gran Dios en quien todas las criaturas nos unimos. El destino te ha traído aquí. Mi fiel criado, tenia la orden de traer á mi presencia, al primer hombre con quien tropezase en la calle. Ese hombre has sido tú. Brahma te envia. Te encargo mi venganza.

«Abre aquel cofre. Bien! Saca ahora esa plancha de oro. ¿Miras esas cifras grabadas en ella? Pues la clave para comprenderla, se halla escrita en este rugado y viejo per-

gamino. Encierran el secreto de la salud; con ellas, podras curar todas las enfermedades. No harás que el hombre sea eterno, pero si harás que logre larga vida. Yo te doy mi secreto. Tuyo es. Te daré tambien mis enormes riquezas, pero eso, cuando hayas recobrado á mi hija y muerto á su raptor.

Parte á Londres. En este pliego encontrarás cuantas indicaciones son necesarias. En este cofre tienes oro bastante. Si no la hallas, corre á América. Tarde ó temprano la encontrarás, el cielo me lo dice, y en ese caso, fio en tu lealtad, abrirás este otro libro cerrado en donde están escritas las indicaciones precisas, para que devuelvas á mi Heva á sus parientes. Ellos la conocerán por una señal secreta que en su cuerpo hice, y una vez reconocida, han de poner en tus manos una gran porcion de mi extraordinaria riqueza.»

«Ahora parte. Dentro de dos minutos, este Palacio, ignorado de todo el universo, desaparecerá conmigo y con los otros que le habitan. Señor, palacio y servidumbre, cae-

rán juntos. Unos cuantos barriles de pólvora bastan para ello. ¡Vete!»

En el instante sentí que dos brazos poderosos me alzaban del suelo, mientras una espesa venda, amarrada violentamente por detras, cubria mis ojos, creí caminar en alas de un demonio. Sin embargo, no dí un grito; apreté contra mi pecho la plancha de oro, el libro, el cofre y el pergamino, y me dejé arrastrar por aquellas furias. Cuando la venda cayó de mis ojos, estaba yo en la mitad de una calle, para mí desconocida. Todavía asombrado, volví la vista en torno, ... se oyó una gran detonacion. . . . ¡era el Palacio del alquimista que volaba!

Recogí los objetos misteriosos, detuve el primer carruaje que pasó, subí en él, dí al cochero la orden de que me llevara al hotel mejor, y cuando el látigo silvante azotó la espalda de los indóciles caballos, y el fiacre partió á escape, yo, recordando la leyenda bíblica, me dije á mí mismo, como Jesus á Isaac, Laquedem: ¡Anda!

### Post Scriptum.

Ignoro si el que lea estas páginas, tendrá la imbecilidad de no creerlas. Como eso no me importa, puede estar seguro de que no me empeñaré en mostrarle pruebas. Las he escrito, porque así lo juzgaba necesario, para explicar mis eternos viajes, y decir el origen de los secretos medicinales que poseo. Ahora, el que vaya á caza de hechos extraordinarios y en busca de aventuras milagrosas, puede cerrar el libro. Lo que sigue es una série de hojas, arrancadas á mi cartera de turista. A nadie pongo una pistola al pecho para que las lea. Como no soy domador de fieras, no he intentado escribir nunca para el público.

NOTA.—Suprimimos aquí la relacion de los largos viages del doctor, para no exagerrar las dimensiones de este libro, limitándonos por ahora á reproducir algunos fragmentos de las páginas escritas sobre México. El dia en que publiquemos la obra completa, formará un volúmen de mas de 500 páginas.

## LA MUJER.

Llegué á la capital de la República Mexicana, medianamente predispuesto por el ejercicio de trepidacion á que estuve entregado en el insoportable vehículo, que me trasladó de la estacion del ferrocarril hasta el hotel de Vergara, uno de los mejores de la ciudad.

Despues de una excelente cena, magistralmente servida por el artista Recamier, me propuse azotar algunas calles, y pasear mi fastidio al través de la ciudad de los palacios.

Apenas habia caminado veinte metros, tropezé con una mujer que era casi una niña,

NOTA.—Suprimimos aquí la relacion de los largos viages del doctor, para no exagerrar las dimensiones de este libro, limitándonos por ahora á reproducir algunos fragmentos de las páginas escritas sobre México. El dia en que publiquemos la obra completa, formará un volúmen de mas de 500 páginas.

## LA MUJER.

Llegué á la capital de la República Mexicana, medianamente predispuesto por el ejercicio de trepidacion á que estuve entregado en el insoportable vehículo, que me trasladó de la estacion del ferrocarril hasta el hotel de Vergara, uno de los mejores de la ciudad.

Despues de una excelente cena, magistralmente servida por el artista Recamier, me propuse azotar algunas calles, y pasear mi fastidio al través de la ciudad de los palacios.

Apenas habia caminado veinte metros, tropezé con una mujer que era casi una niña,

y cuya fisonomía me inspiró un vivo interés.

En materia de mujeres, ya lo he dicho, no he querido nunca por amor, sino por curiosidad.

La mujer fácil es la única posible; la belleza que se resiste, solo tiene atractivo para los caracteres de primer orden, ó para los vagos de primera clase.

Yo que me resigno gustoso á pertenecer á las medianías de patente, no necesito el afrodisiaco de la dificultad, para rendir culto á esa segunda naturaleza que completa el instinto con el deseo.

Fuera del templo no creo en Dios, y esta heregía me ha economizado, mucho tiempo, mucho dinero y muchos disgustos.

Para mí, fué rubia la primera mexicana; habia soñado con ojos negros y trenzas de azabache, y desperté bajo un cielo de miradas azules, como llamaba Uhland, la luz de aquellos cristales húmedos y claros, á cuyo través adivinó la felicidad de su juventud y la inspiracion de sus versos.

No era el tipo nacional, y me apresuré á voltear la hoja.

Despues han desfilado por mi recámara algunos modelos originales, es decir, ejemplares de la verdadera raza del país.

Aquí los hombres prefieren las bellezas falsificadas, á los tipos de sangre pura.

Es un error de temperamento; solo viajando se aprecia el mérito de las mujeres, que son como han nacido, blancas, como la escarcha de los inviernos del Norte, ó bruniadas, como las hojas tostadas por el sol tropical.

El arte es un vicio en la mujer; adulterar el color de sus cabellos, no es una coquetería sino una profanacion.

Solo tiene alas la muger física y moralmente desnuda.

Pasemos al tocador.

La mexicana se viste bien, pero tiene la pereza de hacerlo raras veces para su propia satisfaccion, contentándose generalmente con solo los adornos que han de ver los demás.

Para ella misma no es casi nunca elegante.

La francesa se viste para su espejo, para su bata, y hasta para su lechosolitario; la mexicana solo para el teatro, para el baile, para el paseo.

Tiene el oropel del salon, sin sentir el escrúpulo del hogar.

Es una elegancia sin intimidación; hay algo de galería en el teatro de sus caprichos, y en materia de extremidades, cuida mejor sus piés que sus manos, y defiende mas el agudo tacon de su bota, que el brillo suave de sus uñas de rosa.

Esta es la mujer mexicana como la he visto; voy á decir ahora, como la he adivinado.

La mujer mexicana sabe amar y dejarse querer. Solo el médico y el confesor conocen el secreto tesoro de su corazón, pero con esta injusticia, que al confesor es á quien consultan y al médico á quien piden la ab-solución de su pecado.

Voy á explicarme.

Confundiendo la medicina del alma con

la penitencia del cuerpo, aplican la receta de la oración á su cariño, y se arrodillan delante del mal que las devora, como si fuera un crucifijo.

He tenido ocasion de observarlo con frecuencia en mi gabinete de consultas: la llave del cirujano dentista les impone mucho mas que la de la alcoba de su amante.

Es que el temor es un dolor.

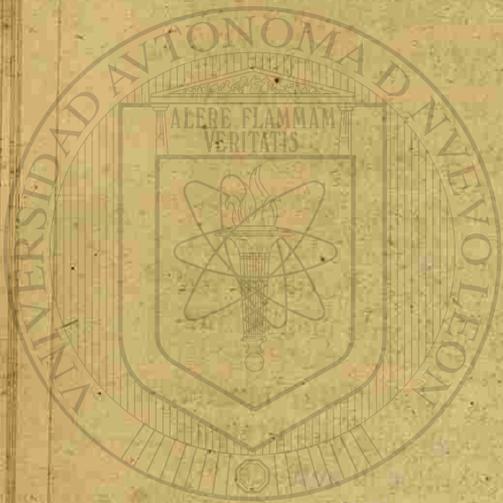
La mexicana es esencialmente buena; tiene la virtud natural y no se prostituye por miseria, porque aquí nada vale menos dinero que la prostitucion.

La mexicana no ha nacido para hetaira.

Es una fortuna que vale mas que un título.

Aquí no hay ni bacantes ni actrices.

Y si no, pasemos entre bastidores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL

## EL TEATRO.

---

Ayer colgué en la apolillada percha del hotel mi capelo de doctor, y me maticé artísticamente con mi pantalón amarillo, mi saco azul y mi corbata verde. Para darme el último toque, me coloqué graciosamente en la *boutonnière* un clavel rojo, obsequio de una joven cliente á quien habia arrancado momentos ántes una muela sin dolor, y un beso con entusiasmo.

Pero ¿qué clase de espectáculo elegir? Los programas que tenia ante mi vista no podian darme ninguna luz. En todos ellos veia que todos los artistas que trabajaban eran primeros ¡qué acopio de notabilidades!

Sucedo con los actores lo que con las ma-

ravillas del mundo y los sabios de la Grecia; oficialmente son siete; pero si cinco individuos se proponen hacer una enumeracion, resulta que la humanidad tiene que asombrarse de ochenta cosas, y erigir monumentos á ciento cincuenta y siete hombres notables. En el teatro hay veinte primeros, así como Monteleone, el de los *Brigantes*, tenia dos brazos derechos.

Un periodista amigo mio me vendió por la mitad del precio de costumbre, uno de los billetes que envian las empresas á las redacciones, y tuve que decidirme á asistir á una de las representaciones del género clásico. Se trataba de un drama pavoroso en el que el actor principal comenzaba por ahogar en un pozo á su cuñada, y concluía por tragarse á su suegra.

Esto francamente no me enterneció ni me causó extrañeza, porque si aquel honorable sujeto se habia limitado á devorar á una sola persona, yo, en cambio, me he comido á media poblacion.

La guardarropía del teatro es muy pobre, y hay suma negligencia en los actores para

los trajes. Es muy comun ver á un caballero del tiempo de Felipe V vestirse de truzza, y á otro de la Regencia con tonelete. Me han dicho que en un teatro de segundo orden San Dímás se ha presentado con charreras y Judas con botas de campana.

La misma impropiedad se nota en los muebles: D. Pedro el Cruel se sienta en un mecedor de bejuco y los reyes católicos descansan tranquilamente en una otomana.

Y la utilería? Oh! eso es maravilloso! El Gran Capitan cuelga de su cintura una pistola de Remington y Guzman el Bueno hace asesinar á su hijo con uu cuchillo de mesa. Todo está trastornado: Thiers escribe en pergamino y Carlos V firma su abdicacion en una elegante esquila de la casa de Gonthier, Dreyfrus y Compañía.

Yo hice lo que la mayor parte de los espectadores: no ver la comedia, entreteniéndome en observar á las que buscan marido y á los que solicitan esposa.

Pocos son los que se deleitan en el teatro con un alejandrino ó con una octava real. En cuestion de medidas, la generalidad de

los señoritos que allí se reúnen, solo conocen las que les toma el sastre á quien sacrifican.

Bien prendidos, colorados, perfectamente alisados y trayendo la onda del cabello que cae sobre la frente, como trazada con compás, seis ó siete jovencitos ocupan con sus personalidades una banca y con sus impertinencias todo el teatro. Yo no comprendo ese afán de querer conquistar la celebridad con el ridículo. Se concibe á Erostrato incendiando el templo de Diana; pero no se tolera interrumpir una escena con un ruidoso estornudo.

Mi indignación estalló en contra de aquel grupo de escandalosos y juré dejarlos sin dentadura la primera vez que tuviese sus bocas en mis manos.

La representación no ofreció nada de particular, y mis manos permanecieron quietas, á pesar de los deseos que tenía de tributar una ovación á los artistas.

Después de dos actos en que recorrí toda la serie de bellezas que se exhiben en todas partes, y que se estampan en todos los es-

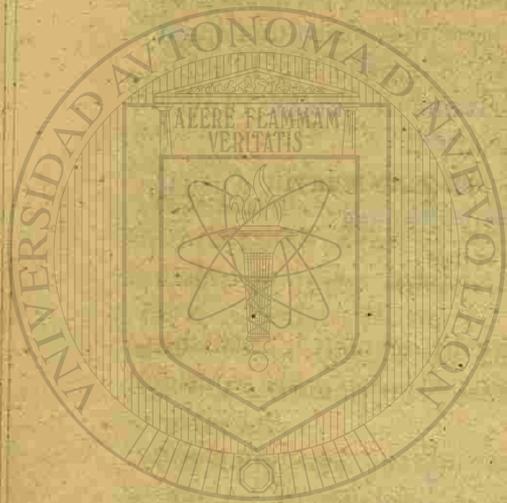
pectáculos públicos, me lancé á la zarzuela; pero ¡cosa extraña! resultó que la zarzuela no lo era, porque se representaba una ópera.

Bien molesto por el engaño, me introduje al foro. Inmediatamente entablé conversación con una bailarina.

Concluido el espectáculo la invité á cenar, paseamos en coche y después....

¡Muy buenas noches.....!

1020006059



## "EL GLOBO"

A LAS DOCE DE LA NOCHE.

Alguna vez, al salir del teatro, entro bostezando á la cantina situada en los bajos del hotel San Carlos.

Podria dibujarse allí un precioso cuadro de costumbres.

Es la hora del primer desórden y el *coup-de-tétrier* para montar..... al lecho tranquilo... al seno de la abrumadora soledad del sueño, ese caballo blando, mudo y triste.

Para pintar los tipos que se reunen en ese centro, seria necesario tener la pluma de Moreau, ó los grados de excitacion alcoholíca de Alfredo de Musset.

Siempre he tenido la pasion de los excitantes.

tes para conocer el grado de tension moral de los individuos.

Los borrachos son como son, miéntras que los *frios* son como quieren ser.

Hay una diferencia radical entre la excitacion del espíritu y el grado de calor de la sangre. Muchos creen que un ébrio es un loco, y por el contrario, el vino es el mejor amigo de la verdad. Supongamos á un hombre ejerciendo tranquilamente el pacífico sacerdocio de su voluntad, y lo vemos capaz de disimular su verdadero valor y sus internas inclinaciones; aplíquesele en seguida una dosis suficiente de tónico y estimulante, y se siente instintivamente impulsado hácia el bien, es decir, hácia el deber. Un general bebe tres botellas antes del combate; un orador se inspira en el fondo de su garrafa, en una palabra, se busca el vino como un trampolín, porque en esta vida artificial que atravesamos, se necesita la fuerza de la mentira hasta para decir la verdad.

Es triste, pero es cierto: el *Globo* á las doce de la noche no es una cantina, sino un libro

abierto donde se registran todos los hechos que se han disimulado ó fingido en el día.

Se habla de amor y de política con esa exaltacion de buena fé que parecia una vergüenza cuatro horas antes.

La mujer querida se discute, y el principio aceptado se respeta.

Esas discusiones que solo la clase media sabe provocar y sostener, se revelan en toda su desnudez, y entonces no es vergüenza el cariño, así como no es orgullo la dignidad.

He visto desfilar tantas hipocresías, que cuando asisto al carnaval del mundo y miro á los máscaras sociales sin careta y sin disfraz, me parece que ese vapor que se condensa en el cerebro, purifica la atmósfera de todos los sentimientos.

El diputado infiel y el marido engañado, se entregan á ese tiroteo de pasiones que es como una disculpa para su crimen y para su desgracia.

Hemos llegado á una época en que es preciso recurrir á un elemento extraño para vigorizar el propio.

No puedo aquí escribir una semblanza, ni

puede mi cámara oscura lanzar una fotografía en el inmenso aparador de la publicidad.

Ni siquiera puedo bosquejar ligeramente el interior del elegante salón, es decir el aspecto kaleidoscópico de ese *Globo*, en que hacen tantas ascensiones los que no han divorciado su buen humor, del fondo cristalino de una buena copa de vino blanco, que riega generosamente una docena de ostiones frescos, ese color de rosa de la gastronomía.

En México se cree que la carestía del precio es una prueba de la excelencia de la mercancía, y no es más que el recargo comercial de la vanidad.

Yo he sido espléndido muchas veces, pero he pagado el champagne casi siempre con más orgullo que alegría.

El verdadero placer se encuentra en un círculo de estudiantes y de bohemios contentos.

Allí un poeta habla de la mujer, ese verso incompleto del gran poema humano; un soldado cuenta sus batallas y enseña una cicatriz que el cauterio ha cerrado en las antenas del amor; un periodista refiere acalora-

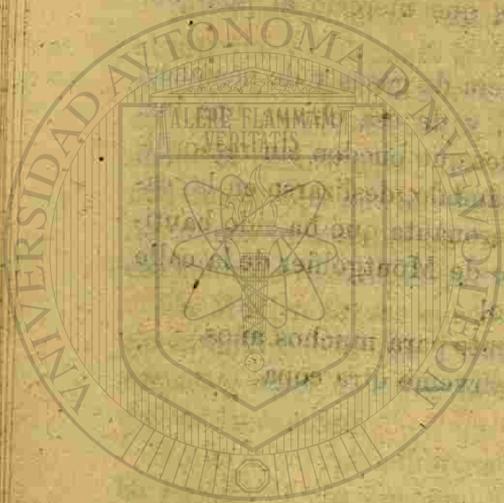
do el más picante detalle de la polémica del día, y el actor entra murmurando para hacer eco á los silvidos que mereció al final del tercer acto.

En esa atmósfera de gases y de pasiones, brota una chispa, y de esa chispa una luz.

¡Felices aquellos que pueden sin remordimiento y sin escándalo, deslizarse en la canastilla de ese aeronauta que ha sido bautizado con el título de Montgolfier de la calle de San Francisco!

Lleva bastimento para muchos años.

— Ambrosio, sírveme otra copa.



#### EN EL SENO DE LA-PRENSA Y DE LA CAMARA.

Que soy literato, lo he probado en mi *Libro de oro*; que soy orador, lo he probado también en mis discursos de la plazuela del Seminario; natural era que tratase de conocer á mis colegas.

Dos ó tres almuerzos en fondas de tercer orden, donde la carne humea por primera vez en los platos en forma de beefsteak, y al cabo de una semana se eleva al rango de croqueta, me valieron la amistad de unos cuantos periodistas. ®

Después de algunas copas de champagne, tenía yo el derecho de penetrar en el *sancta sanctorum* de las redacciones. Por cierto que en México en esos templos de la inteli-

gencia, se puede escribir un artículo con el dedo sobre el polvo de la mesa.

Ahogándome en una atmósfera de humo veía yo confeccionar esos largos artículos destinados á extraviar la opinion pública.

Una redaccion es una casa de locos, cada periodista tiene un tema constante. Quién delira con el teatro, quién dedica toda su atencion á combatir al Ayuntamiento, quién, en fin, se desvela por tratar de derribar á un ministro. De toda esta amalgama de ideas resulta un pliego cuádruple que los padres de familia compran generalmente por seis centavos, para que sus tiernas herederas puedan tener bastante papel para cortar moldes de vestidos.

No soy partidario del art. 33 de la Constitucion mexicana; pero francamente no veo tampoco que un extranjero tenga derecho de comerciar desprestigiando á un pueblo que le da hospitalidad y alimento. Aquí hay periódicos extranjeros cuya única mision es explotar un sentimiento ruin, halagando á gentes toscas y groseras que cordialmente detestan al país.

Esos *bravi* de la palabra, gozan, sin embargo, de toda impunidad, y el buen sentido popular los abandona á su propia impotencia.

Porfortuna, los que venden insultos y majaderías no son muy comunes, y los pocos que existen tienen que escribir como Marat, en el fondo de una cueva, haciendo digna compañía á la familia de sabandijas á que pertenecen.

El verdadero tipo del periodista, es el bohemio que escribe por un mezquino sueldo, que recibe con humildad el precio de su trabajo de sus editores, esas aves de rapiña que devoran talentos. No comiendo siempre en la misma parte, durmiendo unas veces en un mullido lecho, y otras poeticamente en una banca de la plaza, escuchando el murmurio de la fuente, estos valerosos campeones de la prensa son los séres mas simpáticos que conozco.

En México el periodismo no es una profesion; no es siquiera un oficio que se aprende, para el cual se estudia y se requieren determinadas dotes ó condiciones.

No es una carrera: es un vehículo.

Se toma como instrumento para forjar una pasajera situación política; no es un fin, y apenas se considera como medio para alcanzar un empleo ó desahogar un rencor.

No se necesitan ni conocimientos especiales, ni disposición natural. Aquí, todo aquel que escribe una carta puede lanzar á la publicidad un artículo editorial.

Se *hace* periodismo como se hacen zapatos, sin que el clavo de la gacetilla preocupe ni el entendimiento, ni la conciencia.

Una misma noticia, por insignificante que sea, da la vuelta á todos los diarios de la capital y recorre en seguida la prensa de los Estados, para volver tal vez al cabo de tres semanas á ser reproducida por el mismo periódico que la confeccionó.

El que en México lee un periódico los ha leído todos; esto en materia de informaciones; ahora en cuanto á la manera de juzgar los hechos, basta sustituir cada adjetivo con su equivalente contrario, y ya queda armado ese fantasma que se llama opinión pública.

Un poco de pasión y un poco de mala fé: dos ingredientes esenciales para la vida de la publicidad.

Es cierto que en todas partes del mundo hay cierta afinidad en esa inmensa familia de aves que mojan cuotidianamente sus alas en el fondo del tintero; pero á decir verdad, es difícil encontrar un país donde la carrera del periodismo haya llegado, como decía Samson, á un grado mas *alto de decadencia*.

Ya se ha dicho muchas veces que la prensa aquí está dividida en dos grandes categorías: periódicos vendidos y periódicos que están de venta. La mercancía tiene un valor fijo en el comercio literario y solo sube de precio al acercarse algun período electoral. Entonces se agitan y se conmueven todas esas hormigas que llevan su grano de calumnia á la troje de la discusión de candidaturas.

Es la época de la cosecha!

Se siembra en la tierra fecunda de las bolsas vacías, y se reúnen elogios en el seno de la prensa y votos en el seno de las Cámaras.

Subamos á la tribuna.

Allí no se discute para convencerse, sino que se buscan efectos de galería, ni mas ni menos que un actor de quinta fila.

Doscientos caballeros, que se prestan generosamente á hacer la felicidad de once millones de habitantes, merecen sin duda algun respeto y mucha consideracion.

Trabajan (?) dos horas diarias por la módica retribucion de doscientos cincuenta pesos mensuales, es decir, á cuatro pesos la hora.

Los coches del sitio no cobran mas que cuatro reales.

Y es una injusticia esta diferencia, pues algunos diputados he conocido que llevan tambien su bandera blanca con la inscripcion que previene el reglamento de los simones: *„¡Se alquila!“*

Los padres conscriptos que hablan, son los carruajes de lujo; esos valen algo mas.

En las épocas de crisis electoral suben los precios de los votantes, así como en los dias de carnaval, cuesta doble la hora en carretela descubierta.

Para ver máscaras no hay mejor oportunidad que asistir á una sesion del Congreso.

¡Qué bonito capítulo podria agregar el Barón Gostkowski á su coleccion de *„Caras y Caretas!“*

Los que ayer llevaban un dominó negro, —(el color de las cédulas de Benitez)—usan hoy un traje de arlequin ó un *pierrrot* verde, verde, como la uva presidencial de Zamacóna.

Se cambia de disfraz en el guardaropa de la Tesorería, y se vuelve al salon á bailar, ese arte supremo de los hombres políticos.

La cuerda está floja y se puede perder fácilmente el equilibrio de la reeleccion. ®

La próxima credencial es un balancin que inclina fácilmente al lado del gobierno.

En México Mr. Blondin no habria hecho fortuna y la Spelterini no se arruinó porque

trabajaba con los ojos vendados..... como el pueblo elector.

En la Cámara, seria tal vez preferible ser sordo, para no oír las necedades que caen pesadamente de los labios de cada orador.

He oido tres discursos, y ninguno valia, sin modestia sea dicho, la popular elocuencia que en abigarrado idioma hizo mi fortuna en la plazuela desde lo alto de mi tribuna ambulante.

Es cierto que el buen pueblo espera mucho mas de mi redoma encantada, que de las píldoras venenosas que se fabrican en ese laboratorio de donde salen las leyes de contribuciones y la suspension de garantías.

En México no se respeta la ciencia de esos doctores, que duermen el sueño de su ociosidad.

Seria fácil, con mi bálsamo maravilloso, despertar de su profundo sueño á los representantes de la nacion, pero seria un crimen que me reprocharia siempre mi conciencia.

¡El pueblo es mas dichoso cuando no se ocupan de él los padres de la patria!

## LOS SABIOS DE MÉXICO.

México es la Aténas de América.

No puede negarse que el árbol de la ciencia crece y se multiplica en estas tierras, tan fecundas en Adanes, en Evas y en serpientes.

Podria muy bien formarse un escalafon de sábios para uso de los consumidores, con sus precios y condiciones perfectamente señalados.

El mejor dia, al morder una tajada de *roastbeef* ó pavo frio, se encuentra uno con los indispensables lentes de algun sábio, de esos para quien hizo Dios aquella calumniada frase: Creced y multiplicaos.

He advertido que los sábios en México no han seguido nunca una carrera.

Son sábios sueltos. La sabiduría es para ellos una profesion como otra cualquiera, ni mas ni menos que las de abogado, barbero, comadron, etc.

Y lo que es mas raro aún: los tales sábios, salvo los que se mueren de hambre, viven holgadamente de su profesion.

Por ejemplo, el sábio arqueólogo D. Idolo Cal y Canto, es vista de un aduana.

El sábio médico D. Tranquilino Linaza, desempeña una comision del ministerio de la Guerra.

El sábio filólogo D. Pioquinto Castaña, es juez de lo civil.

De manera que, por lo visto, aquí todos los sábios son universales.

Nunca han enseñado mas que las uñas, pero todo el mundo conviene en llamarles respetuosamente *maestros*.

(En México se da ese mismo nombre á los zapateros, carpinteros, aguadores, y demas honorables artesanos).

Los sábios, además, son súcios.

Ninguno de ellos podrá entrar en la Academia Española, que tiene como lema: *Limpia... fija y dá esplendor*.

Conozco á uno que nada mas se lava con sus lágrimas.

Llora cada dia 16 de Setiembre. Cuando los sábios se juntan, cada uno saluda á sus compañeros con el pomposo título de *hermanos*.

Pero son los hermanos enemigos de la tragedia de Racine.

Su odio es igual al odio que tienen todos juntos á la gramática.

Los mas sábios de estos sábios han leído unos cuantos tomos de la *Revue de deux mondes*, á la que suelen estar suscritos.

Luego, traducen uno que otro articulillo atrasado de esa coleccion, y lo publican.

Para ahorrarle disgustos al autor, ponen su nombre abajo.

Algunos hay tan sábios que saben de memoria las carátulas y los índices de muchas obras.

Se les habla de alguna y en el acto contestan:

—La conozco, impresa por Michel Levi, París, año de 1869.

Cuando estos sábios dan alguna cátedra, la toman en la noche anterior de alguna obra que trate del asunto.

De manera que su erudicion es fresca; tal como una polla de quince años.

Otra regla general: los sábios escriben poco.

Los sábios de segunda clase no escriben nunca: hablan.

Los sábios de primera clase, ni escriben ni hablan.

México tiene la envidiable fortuna de haber creado la igualdad literaria.

Aquí hay primeros dramaturgos, primeros hacendistas, primeros escritores, pero no hay segundos.

De manera que todos vienen á ser primeros y últimos.

El que no ha llegado á ser siquiera *uno de nuestros primeros literatos*, es un pobre hombre.

Es como aquel de quien decia el bonachon de Mesonero Romanos: aquí yace un

hombre que no fué nada, absolutamente nada, ni siquiera jefe político.

En una reunion de cincuenta personas, he llegado á contar cuarenta y cinco glorias nacionales.

Todas estas glorias nacionales, como es justo y razonado, aspiran á vivir del presupuesto.

De manera que, sin echar por copas, bien puede tazarse en cuatro ó cinco millones anuales, lo que gasta el gobierno en cebar á los génios del país.

El que menos sabe, sabe la Biblia.

Todos saben burlarse de sus compromisos, porque un génio no está obligado á tener conciencia.

Ayer me encontré con un sábio anticuario.

Iba profundamente cabizbajo y como buscando en el suelo alguna cosa.

—¿Qué busca vd.? le pregunté, quitándome el sombrero.

—Lo único que me falta para un museo de curiosidades: el anillo de Giges!

¡Así son todos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

## LA HIJA DEL HECHICERO.

Puesto que á México me había traído principalmente la idea de seguir las huellas de Heva, y de vuelta del Brasil supe en New-York que el inglés se había embarcado en un vapor de la línea Alexandre con dirección á esta República, apenas recibí algunos informes de que la niña se hallaba en Puebla, resolví abandonar la capital.

Francamente fué para mi un verdadero sentimiento. Llega el hombre á acostumbrarse de tal manera al aplauso y á la ovación del pueblo, es decir, del pueblo de las calles y plazuelas, que á pesar de que mi

consultorio médico era frecuentado por las principales y más aristocráticas familias, lo que más llegué á extrañar fué el unánime y espontáneo entusiasmo con que yo era saludado en México por las pobres clases obreras, á quienes particularmente habia favorecido en mis operaciones públicas, ayudando á algunos infelices, no solo con mis trabajos y medicamentos, sino á veces auxiliándolos tambien con recursos pecuniarios.

Para curar esta nostalgia, y sabiendo que aunque se me calificara de charlatan, la mejor manera de llamar la atención, es decir, de ver y de ser visto de todo el mundo, es halagar el sentimiento popular de cada localidad, me resolví á emplear un recurso, que era tambien el más propicio para descubrir á la niña, objeto de mis eternos viajes.

Se me habia dicho que Puebla era una ciudad esencialmente levítica y, por lo mismo, creí conveniente abdicar mi mandil masonico en cambio de la túnica y el turbante de los peregrinos de Jerusalem, y ya que el hábito hace al monje, me decidí á vender medallas y escapularios de la tierra santa,

todas las mañanas, ántes de extraer las muelas y los colmillos de los creyentes.

La competencia mercantil es un enemigo terrible, y dos ó tres frailes, que probablemente temian la rivalidad de mi comercio, me excomulgaron desde lo alto del púlpito, y el fanatismo se encargó de desprestigiar la excelencia mercantil de mis reliquias.

Mi viaje no fué estéril, sin embargo.

En el mismo hotel que yo, vivia un viejo misterioso que raras veces abandonaba su cuarto, y que, segun el camarista, tenia encerrada en perpétua reclusion á una jóven muy bella, y que apenas contaria de doce á catorce años.

La curiosidad, esa activa consejera de la inteligencia humana, me impulsó á entrar en contacto con Mister Lingleton, cuya fisonomía no me era del todo desconocida, y que vagamente recordaba haber visto no sé de fijo si en Lima ó en Valparaiso.

Han desfilado tantos colegas en el cesto de esa guillotina pasajera que se llama memoria, que es difícil colocar en orden todos los ejemplares de la galería.

Yo queria en vano fijar mis recuerdos.

Mister Lingleton era como un enigma que yo recordaba haber descifrado alguna vez, sin poder acertar ahora con la solucion del problema.

Una noche invité á cenar en el excelente restaurant de Magloire Signoret, al inglés que comenzaba á inspirarme serias sospechas, y despues de haber insistido con una tenacidad hasta cierto punto imprudente, conseguí por fin, que me prometiese llevar tambien á su hija.

Cumplió su palabra.

La pequeña hija de la hermosa cirquera Palmira, á quien como recuerdan mis lectores recojí en Buenos Ayres, <sup>1</sup> habia llegado á inspirar una viva simpatía á la jóven cautiva, y por tanto no dejó de influir en ayudar de un modo eficaz á cumplir mi deseo y á facilitar mis pesquisas.

La hija de Mister Lingleton se presentó aquella noche radiante de hermosura.

Tenia la edad en que el amor se adivina.

<sup>1</sup> Referencia á una parte de las *Memorias de Merolico*, que, como dijimos á nuestros lectores, suprimimos en esta edicion.

Era una mujer que comenzaba á serlo.

Qué encantadora estaba con su traje de blanca y vaporosa muselina!

Tenia el cútis ligeramente sonrosado; al través de sus venas circulaba, sin duda, la ardiente sangre oriental, pues al fijar en ella la media mirada azul que me dejaron los leones del Montenegro, <sup>2</sup> ví que su fisonomía se animaba y que sus sienes latian con esa intermitencia que revela los 99 grados del Fahrenheit del amor.

No es amor: es instinto.

El magnetismo aplicado á la mujer en la edad del primer desarrollo de su sexo, precipita el periodo de sus deseos. Es una fuerza extraña y un nuevo impulso.

La hija de Mister Lingleton, revelaba á pesar suyo esas confidencias clandestinas que solo la naturaleza educada puede disimular.

Hay algo salvaje en esa educacion social que amordaza el pensamiento y enfrena las pasiones.

<sup>2</sup> Referencia á la obra completa.—Merolico perdió un ojo en la batalla de Plewna.

Aquella pobre niña parecia silenciosa, y era muda. Diana, la hija de Palmira, comprendiâ con ese adorable instinto de los niños, todo lo que la desgraciada callaba.

¿Acaso Mister Lingleton habia condenado á aquel ángel al silencio eterno?

Quise saberlo.

Al dia siguiente habia desaparecido el misterioso personaje y su interesante compañera.....

\*  
\* \*

Como ven nuestros lectores, no hemos hecho mas que arrancar páginas aisladas del gran libro de Memorias del doctor Merolico.

Si el favor público las recibe con benevolencia, dentro de poco tiempo publicaremos en toda su extension la historia del célebre personaje, el relato íntegro de sus aventuras y la copia fiel de sus impresiones.

X · Y · Z ·

**INDICE.**

|   | Página |
|---|--------|
| El secreto del alquimista.....          | 5      |
| Post Scriptum.....                      | 30     |
| La mujer.....                           | 41     |
| El teatro.....                          | 47     |
| El "Globo" a las doce de la noche.....  | 58     |
| En el seno de la prensa y de la Cámara. | 59     |
| Los sabios de México.....               | 67     |
| La hija del hechicero.....              | 73     |

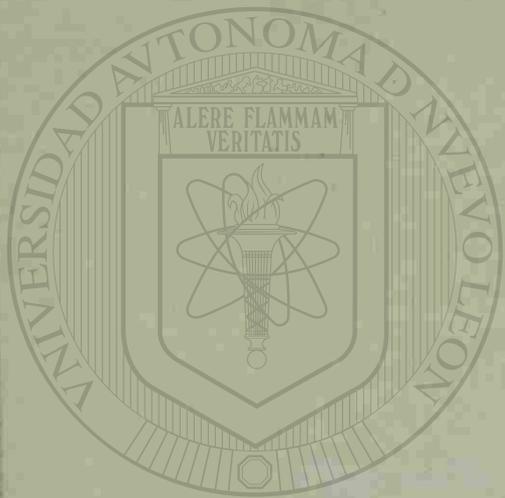


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



